

A man with a beard and mustache, wearing a red and black checkered sweater and teal trousers, stands on a balcony. He is holding a white coffee cup with steam rising from it. The balcony has a black metal railing. To the left is a window with a view of a city street. The background is a light blue sky with faint outlines of buildings.

COSAS

QUE
ESCRIBÍ

MIENTRAS

SE ME

ENFRIABA

EL C

CAFÉ

ISAAC PACHÓN

Cosas que escribí mientras se me enfriaba el café

Isaac Pachón

Primera edición: marzo de 2015

©2015, Isaac Pachón Zamora

Ilustración de la cubierta: Alfonso Casas

Diseño de la cubierta: Pere Olivares

Diseño interior: Luis Cuevas

Edición de textos: Cristina Buquet

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Printed in Spain—Impreso en España

Depósito legal: B.6612-2015

ISBN: 978-84-606-6184-9

Impresión y encuadernación: Gráficas Rey

A Salvador Zamora

Pido perdón a los jóvenes por haber dedicado este libro a un adulto. Tengo una seria excusa: esta persona adulta, con la que coincidí apenas once años, me transmitió importantes valores. Tengo otra excusa: esta persona mayor tenía la creatividad de un joven incluso habiendo tenido que crecer antes de tiempo. Tengo una tercera excusa: esta persona ya no puede leer este libro, pero forma parte de él. Tengo la necesidad de hacerlo partícipe. Si todas estas excusas no fueran suficientes, quiero dedicar este libro al anciano que esta persona adulta no pudo llegar a ser. Todas las personas jóvenes deberían llegar a ser ancianas (pero no siempre sucede). Corrijo, pues, mi dedicatoria:

A Salvador Zamora

CUANDO ERA JOVEN

(Pido perdón, también, a Antoine de Saint-Exupéry por cogerle prestada su genial dedicatoria a Léon Werth en *El Principito*.)

—¡Qué reloj más raro! —exclamó—. ¡Señala el día del mes, y no señala
la hora que es!

—¿Y por qué habría de hacerlo? —rezongó el Sombrero—. ¿Señala
tu reloj el año en que estamos?

LEWIS CARROLL,

Alicia en el País de las Maravillas

Introducción descafeinada, fuerte o algo intermedia

Siempre, antes de ponerme a escribir, la misma rutina: prepararme un café con leche en taza, con un poco de cacao y vainilla espolvoreados, o en ocasiones, un cortado al estilo del bar o cafetería elegido para el momento, si lo que tengo pensado es tomar algunas notas fuera de mi despacho.

De hecho, es lo que acabo de hacer para escribir esta introducción a lo que leeréis en las siguientes páginas. En este caso me he preparado un café, ni fuerte ni descafeinado, algo intermedio, son las doce del mediodía y ya es el segundo que me tomo hoy.

Lo llevo haciendo así desde hace un par de años, en los que no he dejado de dar rienda suelta a mi imaginación a través del relato, género, dado el ritmo de vida al que nos hemos habituado, muy recomendable para dejarse llevar con lecturas cortas: trayectos de bus o metro, pausas de descanso en el trabajo; esos diez, quince minutos para hacer volar tu mente y adentrarte en otro mundo, ni mejor ni peor, pero casi con toda seguridad, diferente. Historias con un principio y un final, aunque esto último está por ver. Con tramas que intentan tocar esa parte tierna que se esconde en cada uno de nosotros.

A lo largo de estos meses he jugado con los argumentos y creado personajes muy diversos. Cambiar de escenarios (ya sean reales u oníricos), protagonistas y género en cada relato, es algo muy gratificante para mí y espero que lo podáis notar en cada una de las líneas que componen este libro.

Durante este par de años, la motivación ha sido clave para continuar trabajando y poder llegar hasta aquí. No quisiera dejar de mencionar cuatro artistas de la tecla, amigos literarios que de una manera u otra han colaborado dándome

alas, quizá sin ser conscientes de ello, y haciéndome creer en la realidad de este libro. Cristina Buquet, Javier Sanz, Alberto Pizarro y Luis Enrique Sans, gracias por esos granitos de arena que me han hecho llenar esta botella.

Dicho esto, os dejo ya con el prólogo de Paula Campos. Mi admiración por sus artículos y por su forma de ver la vida ha hecho que no tuviera dudas en saber que tenía que ser ella quién presentara este libro. Paula y yo somos como el yin y el yang; ella es rubia, yo moreno; Paula es ácida, yo dulce (o eso dicen); ella odia las aceitunas, a mí me pierden, la verdad. Nunca olvidaré, cómo y cuando se lo pedí: Una cafetería en el madrileño barrio de Lavapiés, música en directo en la sala de al lado, un café con leche y un cappuccino en la mesa, y una pregunta concreta. No pasaron más de dos segundos. La respuesta, en forma de prólogo, en las siguientes páginas...

Espero que lo que leáis, veáis, notéis o viváis a continuación sea de vuestro agrado. Y si en algún momento puntual os esboza una sonrisa, eriza vuestra piel o se os enfría el café, no tengáis miedo, forma parte del juego.

Mil gracias por estar aquí.

La media cucharada de azúcar moreno es el mejor prólogo de mi café

Se me enfrió el cappuccino mientras me pedía que escribiese el prólogo de las cosas que había escrito mientras se le enfriaban los cafés. Bueno, realmente lo último que me pidió Isaac fue un abrazo de despedida. Se fue dejándome un marrón en un A4 blanco entre las manos.

Mientras mi cappuccino se congelaba, le cambiamos el nombre al libro doce mil veces... y la portada (de Alfonso Casas, ¡maravilla!) ya estaba en marcha. Le di un sorbo a la taza y mientras notaba el café helado caí en la cuenta: tenía que escribir algo sobre un libro sin saber qué iba a pasar. Isaac tampoco lo sabía. Aun así, sólo necesité decirle «esto va a salir genial, ya lo verás» para que le brillasen los ojos. Le dije que sí sin dudarlo. La putada es que no me sé la receta del buen prólogo y no sé cuánto azúcar ponerle. Lo mío son las magdalenas.

Para empezar, supongo que un buen prólogo va de hablar del libro a través del autor. O al revés, hablar del autor a través de sus textos. No lo sé. No quiero saberlo. Tampoco quiero saber hacerlo. No lo quiero hacer así. Porque esto que tienes entre las manos no es como el resto. Tampoco Isaac es como ningún otro.

Lo curioso de este libro es esa magia que te permite entrar en cada uno de los relatos. Por eso, y aunque sea imperceptible para la vista, cada relato tiene una línea cero que dice: «Pasa, pasa». Tenlo claro. Aquí no vas a leer palabras, líneas o párrafos; vas a observar historias. Historias de esas que pasan rápido delante de ti, de esas en las que una fuerza superior te obliga a parar y a poner el oído mientras tu café pierde calor. Esos nudos de circunstancias que te hacen abandonar hasta tu propia conversación para mirar y

saber cómo terminarán deshaciéndose. Esa necesidad de formar parte de una historia, aparentemente, ajena. Para mí, este libro no es de relatos. Este libro va de historias que observar.

¿Suena bien, verdad? «historias que observar». Pero no, yo quise más. No pude conformarme con observar porque me veía en cada historia. Tuve que entrar. Pasé de observar desde fuera a observarme desde dentro. Yo era esa rubia que tomaba gin-tonic con un poquito de limón exprimido a las ocho de la tarde, la de la gabardina gris y guantes color burdeos que siempre va a la misma cafetería de la calle más fría de Nueva York. Esa tía con el pijama medio desabrochado enjuagando las dos tazas de café antes de que hablasen más de la cuenta. La bruja de media melena con cara de princesa que no desayuna mermelada de melocotón. Esa niña despeinada escondida tras un montón de cestos que ve como Philippe se guarda una carta manoseada en el bolsillo del pantalón. También fui la camarera que limpiaba las naranjas antes de subirlas al tobogán y hacerlas descender en zumo. De repente, soy Marta y Ginette. De pronto, viajo a Marrakech, a Barcelona o a París con la misma taza de café en la mano. A veces es un expresso mocca, a veces un descafeinado y otras veces un cortado con leche templada. ¿Puede haber algo mejor que un libro abierto invitándote a entrar? Mira, ya está. Déjalo todo. Pasa de terminar este prólogo y entra. Salta por encima de todas estas hojas del principio. Hazlo rápido. Entra ya. Olvídate del café, que se te enfríe, que se congele si quiere. Ya volverás a leerme. Ya me contarás al salir. Bueno, supongo que aquí nos despedimos. Dame dos besos. Y un abrazo. Vete. Pero vuelve. O no vuelvas. Quédate. Este café ya está frío. Pídele otro al camarero, a tu perro. Pídetelo a ti. Cuidado que quema muchísimo. Cógelo entre las manos. Sumérgete en esta ola de espuma dulzona que viene. Lo mejor está por llegar. Sigue leyendo. Venga, pasa de este prólogo ya. El café se te va a enfriar otra vez. No me digas que no te lo dije. Aunque, bueno... a veces, que se te enfríe el café es lo

mejor que te puede pasar porque significa que están pasando cosas. Anda, vete ya. Disfruta. Como una vez me dijo Isaac: «No pienses en despedidas antes de haberte ido». Así que nos vemos en algún relato. No me saludes o me pondré nerviosa. Haz como si nada.

Suponía al principio de todo esto que un prólogo debía hablar del libro a través del autor o del autor a través del libro, pero no. Un buen prólogo debe hablar de ti leyendo el libro. Estoy convencida.

No me sé la receta para un gran prólogo pero siempre, siempre, siempre, a mi café con leche ponle media cucharada de azúcar moreno. Siempre. Eso sí lo sé bien.

Qué movida.

PAULA CAMPOS,
publicista

Cruda irrealidad

Cuentan que en el cielo, las nubes se tumban bocabajo y observan ensimismadas las formas y movimientos de los hombres. También cuentan que en los bosques de personas, los árboles marcan, a cuchillo, espaldas y barrigas con algún que otro corazón de enamorado. O que desde el mar, los peces lanzan mensajes embotellados que naufragan en la desesperanza de la arena de las playas.

Y aún a sabiendas de que todo es mentira, hundo mi mano en la orilla hasta notar con mis uñas la cruda irrealidad de la arena mojada.

Caroline

Desde hace ya un tiempo vengo pensando que se puede saber mucho de una persona conociendo cómo y qué café está tomando. Ese momento personal e intransferible que, sin saberlo, nos puede estar evidenciando. Sin duda, el más delator, el que entre bostezos y ojeras nos proporciona más información, es el café que se puede tomar a primera hora de la mañana. Todo un acto instintivo. Pensad que la mayor parte de los días aún no hemos despertado del todo cuando estamos pidiendo esa esperada inyección de cafeína. Siempre suelo decir que hay dos tipos de personas, las que podrían vivir sin café y las que no. Desde mi posición, en la que me gusta analizar a los clientes, y a muchos los conozco más de lo que ellos quisieran, observo con qué ritmo mueven ese café, si lo hacen a izquierda o derecha e incluso si están dispuestos a quemarse los labios o, por el contrario, tienen la templanza suficiente de esperar a que se enfríe. Perezosos, dubitativos, amargados, prepotentes, todos se reflejan del mismo modo ante la espuma de un buen café.

Treinta y dos grados Fahrenheit azotaban aquellas titánicas fachadas. El invierno del Starbirds Coffee ya había girado la esquina que unía la Calle Cuarenta y dos con la Octava Avenida.

Mientras, unos mocasines deslumbraban con paso decidido recorriendo los pocos metros que quedaban para coronar la cafetería.

Se abrió la puerta del local. Entró un pellizco de aire frío acompañando a uno de esos tipos que sin la necesidad de mediar palabra no pasan desapercibidos. Un traje azul marino se intuía bajo un abrigo tres cuartos, también de la misma tonalidad, aunque un tanto más oscuro. Unos ojos tostados y un mentón, que no hacía más de media hora ha-

bía sido rasurado, me pidieron con cortesía un café expreso. Se lo serví rápidamente. Le acompañé con la mirada hasta que escogió aquella mesa individual, una de las dos frente a mi barra. Removía el café sin cucharilla, dando suaves bandazos a la pequeña taza. Un hombre enérgico, positivo, intenso en sus relaciones. Tuve que apartar mi mirada cuando le dio el primer sorbo al café. La puerta de la cafetería volvía a dejar pasar al invierno.

Algunos clientes del local seguían con sus conversaciones en la parte interior de éste. Entre risas, se resistían a dejar esa fuente de calor y se hacían los remolones entre chismes y cuchicheos de la planta veinte de algún edificio cercano.

Empujó la puerta con poca fuerza, apenas se abrió unos centímetros para que pasara ella. La esperaba cada día. Era una clienta habitual. Quizá mi ojito derecho. Unas botas de cuero negro pisaban delicadamente con sus tacones cuadrados aquel afortunado felpudo de la entrada. La seguían una gabardina grisácea, con sus seis grandes botones arregladamente abrochados. Y un conjunto de bufanda y sombrero color burdeos que me daban los buenos días, a los cuales respondí dejando mi corazón a su disposición sobre la estrecha barra de esta cafetería. Aquella sonrisa espontánea que me pedía un café moca no pasó inadvertida para el caballero de la mesa individual, que seguía dando pequeños sorbos a su expreso. Llené sutilmente el filtro de la cafetera — sin dejar de observar el juego de miradas que había encontrado aquel tipo del traje azul marino— y acabé de cubrir aquel café con nata montada. Sólo con un dedo de crema, como ella siempre me lo pedía. Cerré la tapa. Escribí «Caroline» en el vaso, de la misma manera que tantas veces lo había hecho y se lo ofrecí amablemente. Mis ojos persiguieron aquel café moca hasta que quedó justo enfrente de aquel manoseado y mareado café expreso.

A partir de ese momento comenzó un tonto de miradas que se perdían entre periódicos y teléfonos móviles. Noté que ninguna de aquellas miradas rebotaba sobre las tazas de mi barra, yo había desaparecido para ellos. Seguí obser-